



CHE

CHE

Edición homenaje de Batalla de Ideas (Argentina); Bharathi Puthakalayam (India); Chintha (India); Deshar Katha (India); Editorial Caminos (CMMLK, Cuba); El Colectivo (Argentina); Expressao Popular (Brazil); Fondo Editorial Fundarte (Venezuela); Gano Mukti Parishad (Bangladesh); Insituto Simón Bolívar (Venezuela); Instituto Tricontinental de investigación social; Janashakti (India); Kriya Madyama (India); LeftWord (India); Naked Punch (Pakistan); Nava Telangana (India); Prajashakthi (India); SFI Gujarat (India); Vam Prakashan (India) y Založba / *cf (Slovenia).

Arte de tapa: Tings Chak

Diseño de interior: Daniela Ruggeri

Traducción del texto de Aijaz Ahmad: Pilar Troya Fernández

Corrección: Fernando Vicente Prieto, Carolina Flores y Blanca Fernández



Se autoriza la reproducción parcial o total, siempre y cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente

Ernesto Guevara

Che / Ernesto Guevara ; comentarios de Aijaz Ahmad ; María del Carmen Ariet García ; compilado por Vijay Prashad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Batalla de Ideas ; Editorial El Colectivo ; Tricontinental Instituto de Investigación Social ; La Habana : Editorial Caminos ; Caracas : Fondo Editorial Fundarte ; Instituto Simón Bolívar , 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47620-5-4

1. Socialismo. 2. Política Internacional. I. Ahmad, Aijaz, com. II. Ariet García, María del Carmen, com. III. Prashad, Vijay, comp. IV. Título.

CDD 320.531

CHE 

**BATALLA DE
IDEAS**

Batalla de Ideas (Argentina)
www.batalladecideas.com.ar



Bharathi Puthakalayam (India)
www.thamizhbooks.com



Chintha (India)
www.chinthapublishers.com



Deshar Katha (India)



Editorial Caminos (CMMLK, Cuba)
ww.ecaminos.org



El Colectivo (Argentina)
www.editorialelcolectivo.com



**expressão
POPULAR**

Expressao Popular (Brasil)
www.expressaopopular.com.br



Fondo Editorial Fundarte (Venezuela)
www.fundarte.gob.ve



গগপ্রকাশন

Gonoprokashon (Bangladesh)



Instituto Simón Bolívar (Venezuela)
www.isb.ve



Janashakti Prakashan (India)



Kriya Madyama (India)



LeftWord

LeftWord (India)

www.mayday.leftword.com



NAKED PUNCH
www.nakedpunch.com

Naked Punch (Pakistan)

www.nakedpunch.com



Nava Telangana (India)

www.navatelanganabooks.com



Ojas : Vidyarthi ni pahal

Ojas: Vidyarthi Ni Pahal (India)



Prajasakti (India)

www.psbh.in



tricontinental

Instituto Tricontinental de investigación social

www.eltricontinental.com



वाम

Vam Prakashan (India)

mayday.leftword.com/vaam-prakashan/



ZALOŽBA

*cf.

Založba /*cf (Slovenia)

www.zalozbacf.si

Contenido

- 8** **Introducción**
Aijaz Ahmad
- 20** **Ernesto *Che* Guevara: Socialismo,
Hombre Nuevo y Tercer Mundo**
Maria del Carmen Ariet-García
- 27** **El socialismo y el hombre en Cuba**
Ernesto «Che» Guevara
- 51** **«Crear dos, tres... muchos Vietnam»
Mensaje a los pueblos del mundo a través
de la Tricontinental**
Ernesto «Che» Guevara

Nota a la presente edición

Los escritos de Ernesto «Che» Guevara presentados en este libro tienen un valor histórico y político que deben interpretarse contextualizadamente. Por ello hemos tomado la decisión editorial de no modificar los textos y así, conservar su originalidad. No obstante, consideramos necesario aclarar que su relectura y reedición nos enfrenta al ejercicio intelectual de diálogo y actualización de sus ideas. Esto sucede especialmente con la noción de «hombre nuevo» y los roles del hombre y de la mujer en el proceso revolucionario. El potencial que entraña la lectura desde nuevas coordenadas políticas, sociales y culturales provoca nuestra creatividad militante para repensar los alcances de esta noción y su legado político e intelectual, cuando enfrentamos el desafío histórico de construir organizaciones feministas y diversas. Porque como el propio Che planteara en marzo de 1963, en la asamblea general de la Textilería Ariguanabo: «Pues, sencillamente, que el pasado sigue pesando en nosotros; que la liberación de la mujer no está completa. Y una de las tareas de nuestro Partido debe ser lograr su libertad total [...]; es también el peso de una tradición anterior». Los textos y la figura del Che nos convocan a tener una práctica activa; y en ese marco, desde una mirada actual, a asumirlos críticamente como un aporte imprescindible en la lucha por la emancipación de los pueblos, para «cambiar todo lo que deba ser cambiado».

Introducción

*Aijaz Ahmad*¹

Patria es humanidad
José Martí

Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos
Ernesto «Che» Guevara

Ernesto «Che» Guevara (1928-1967), autor de los dos textos clásicos aquí reunidos, fue un hombre que vivió su vida en tiempo futuro, en permanente rebelión contra el mundo construido por el capital y por el imperio, como luchador por la transformación revolucionaria de ese mundo. Una gran dificultad al leerlo es que vivió y murió en un momento de la historia radicalmente distinto al nuestro. La suya era una época donde alrededor de un tercio de la humanidad vivía en países socialistas, la confrontación sis-

¹ (N. de E.) Aijaz Ahmad es autor de varios libros importantes sobre literatura, política y teoría cultural, entre ellos *En teoría. Clases, naciones, literatura* y *En nuestro tiempo: imperio, política, cultura*. Actualmente es profesor en el Departamento de Literatura Comparada de la Facultad de Humanidades de la Universidad de California, Irvine. Además, colabora en la revista *Frontline* y en *Newsclick*, ambos medios radicados en India.

témica mundial entre el capitalismo y el comunismo era un hecho de la vida cotidiana y las guerras de liberación nacional estaban en su apogeo en Asia, África y América Latina. Era la época heroica de las luchas antiimperialistas, por así decirlo, en la cual la conexión intrínseca entre el nacionalismo revolucionario y el comunismo era evidente para incontables millones de personas. Como tales, los escritos del Che generan la sensación de ser mensajes enviados en una botella que interceptamos en su camino desde un pasado revolucionario hacia un futuro revolucionario.

El Che tenía apenas 39 años cuando fue asesinado por el imperialismo y sus esbirros. Estudiando su vida, uno tiene la sensación de una velocidad meteórica, de varias vidas acumuladas en una sola. Se formó como médico, pero también viajó por gran parte de América Latina antes de terminar sus estudios de Medicina. Argentino de nacimiento, estudió por primera vez el marxismo más o menos sistemáticamente durante su breve estancia en Guatemala en 1954, y fue allí donde por primera vez se ofreció a tomar las armas contra el imperialismo, para defender al gobierno progresista de Árbenz durante el golpe organizado por la CIA y sus mercenarios. Escapó a México, donde conoció a Fidel, ganó su confianza y se comprometió de por vida con la revolución en Cuba. Se unió inicialmente como médico del grupo de revolucionarios exiliados, pero pronto surgió como uno de los principales comandantes del Ejército Rebelde y rápidamente se convirtió en una especie de leyenda —y en un importante teórico— en los anales de la guerra de guerrillas.

Después de la Revolución, el Che asumió cargos clave en el gobierno revolucionario, tales como el de presidente del Banco Nacional y ministro de Industrias, mientras servía a la par como una especie de embajador itinerante de Cuba en incontables capitales de Europa, Asia y África, y como el

portavoz del país en numerosos foros internacionales, desde Argel a Nueva York. Algunos de estos viajes fueron abiertos y oficiales, incluyeron negociaciones diplomáticas y comerciales, así como discusiones que llevaron a una estrecha y multifacética alianza con la Unión Soviética y con otros países socialistas; otros fueron clandestinos, con el propósito de abrir y/o coordinar diversos frentes revolucionarios contra el imperialismo. El último y posiblemente el más ambicioso de esos viajes clandestinos —para iniciar una guerra revolucionaria en Bolivia, que se pretendía extender a Argentina— resultó fatal, ya que su base guerrillera fue emboscada y él mismo fue capturado y asesinado por un contingente del Gobierno boliviano, dirigido por la CIA.

Aunque vivió su tumultuosa vida como revolucionario práctico, también dejó atrás un formidable legado intelectual, parte del cual aún debe ser traducido del español a otros idiomas. Presentamos aquí dos textos que ilustran diferentes facetas de su formidable intelecto y erudición. Cada uno fue escrito con un propósito específico y el contenido está, por lo tanto, determinado por ese propósito. Sin embargo, las ideas que se expresan aquí con gran fuerza habían ido germinando en su repertorio intelectual a lo largo de varios años y algunas expresiones de ellas se pueden encontrar en una serie de escritos y discursos anteriores como *Proyecciones sociales del Ejército Rebelde* (1959), *Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?* (1961), *El médico revolucionario* (1960), *Qué debe ser un joven comunista* (1962) y más.

Comencemos con el contexto y los contornos de su *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*. Cuba organizó la primera Conferencia de Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina (la Conferencia Tricontinental) en La Habana, del 3 al 15 de enero de 1966. La conferencia reunió a 512 delegadxs, así como a

270 invitadxs y observadorxs de 82 países. La Organización de Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL) fue fundada al final de la conferencia, el 15 de enero de 1966. Esta, a su vez, publicó el Boletín Tricontinental, que difundió noticias de las luchas antiimperialistas de todos los rincones de los tres continentes, y el órgano teórico bimensual, Tricontinental, que sirvió de foro para la publicación de los escritos de lxs pensadorxs antiimperialistas de las naciones oprimidas.

Mehdi Ben Barka, el gran marxista y antiimperialista marroquí, que era el presidente del comité organizador internacional de la Primera Conferencia Tricontinental, describió su relevancia con las siguientes palabras: «El encuentro de organizaciones antiimperialistas en La Habana es un acontecimiento histórico porque unirá, en una demostración de consenso y solidaridad, dos grandes corrientes contemporáneas de la revolución mundial: la de Octubre socialista y la lucha de liberación nacional de los países del Tercer Mundo; [y] porque se celebrará en Cuba, donde tienen lugar ambas revoluciones». Los dos textos del Che Guevara reunidos en esta publicación pueden leerse como reflexiones superpuestas sobre esta conexión dialéctica entre comunismo y antiimperialismo en nuestra época.

El Che estaba en su misión de solidaridad revolucionaria y combate en África cuando la conferencia tuvo lugar en La Habana. No redactó su mensaje para la Conferencia en sí, sino para un número especial de inauguración de la revista, que fue publicado el 16 de abril de 1967, y donde apareció con el título que el Che le había dado: *Crear dos, tres... muchos Vietnam*. El otro texto apareció con el título de *El Socialismo y el hombre en Cuba*, en la histórica revista uruguaya *Marcha*, en marzo de 1965. El *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental* fue compuesto como un llamado a tomar las armas para un levantamiento

revolucionario mundial contra el capital y el imperio: «el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. [...] Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales». Por su parte, *El socialismo y el hombre en Cuba* es en parte una reflexión del proceso revolucionario en Cuba, pero también, en un grado muy significativo, una reflexión sobre el significado del comunismo en sí mismo como proceso que transforma no solo los sistemas de producción y las relaciones de clase, sino a los mismos humanos: «... la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación. [...] Así logrará la total consciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas todas las cadenas de la enajenación. Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado...». Algunos pasajes de este texto se leen como si el Che estuviera reescribiendo pasajes de los *Manuscritos [económicos y filosóficos] de 1844* de Marx, pero con un sentido de inmediatez, como una apuesta a mano y como una posibilidad abierta por la propia dinámica de la Revolución cubana y lo que podía enseñar, a través de su ejemplo, a las luchas de liberación que se desplegaban en diferentes rincones de los tres continentes.

El *Mensaje a la Tricontinental* comienza con una reflexión sobre el tipo de «paz» que había prevalecido durante aproximadamente dos décadas después del fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945, y monta, entre otras cosas, un audaz ataque a la teoría de coexistencia pacífica, sin mencionar la teoría en sí. Admite que no ha habido guerra entre las dos grandes superpotencias, EE. UU. y la URSS, pero la pregunta implícita en las primeras páginas del texto es la siguiente: ¿la ausencia de guerra entre las grandes potencias

realmente equivale a «paz» y «coexistencia pacífica»? Más aun, ¿es realmente posible una coexistencia pacífica con el imperialismo? Y, ¿no es el propio imperialismo una fuerza de guerra permanente en todo el mundo? Por eso comienza su texto con comentarios sobre la Guerra de Corea, que empezó casi inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y en la que, como dice, participaron «bajo la fermentada bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por Estados Unidos». Este país desplegó cerca de dos millones de militares en esa guerra y lanzó un total de 635 000 toneladas de bombas, incluyendo 32 557 toneladas de napalm. Cuando el Che comienza sus comentarios sobre Vietnam, destaca que ha luchado contra tres potencias imperialistas de tres continentes diferentes: Francia, Japón y Estados Unidos. Podemos añadir que el tonelaje de bombas arrojadas por EE. UU. sobre Vietnam superó todo el tonelaje arrojado por todos los bandos en la Segunda Guerra Mundial. El Che enfatiza que, aunque «el foco de las contradicciones, en este momento, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños», Corea y Vietnam son ejemplos claros de las numerosas «confrontaciones» que EE. UU. ha impuesto desde la Segunda Guerra Mundial a pueblos oprimidos en todo el mundo. De hecho, EE. UU. y sus aliados han estado invadiendo y socavando de otras maneras tantos países del Tercer Mundo con tal ferocidad que esta maquinaria global de guerra imperialista equivale a algo parecido a una Tercera Guerra Mundial, es decir, una guerra contra el Tercer Mundo en su conjunto, en una era de coexistencia pacífica entre las superpotencias.

Este argumento conduce a una crítica, levemente velada pero amarga, a los principales países socialistas y a la insuficiencia de su apoyo a Vietnam, a la par que señala las drásticas consecuencias de la división chino-soviética en

medio de esta guerra imperialista. La primera salva en esta línea de razonamiento viene en forma de una amplia advertencia, dirigida a todos y a nadie en particular: «No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria». Pero a continuación explica:

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, así, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado Vietnam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?

Por «dos potencias en pugna» el Che se refiere, por supuesto, a la URSS, la República Popular China y la escisión chino-soviética, que tuvo el efecto de socavar el movimiento comunista mundial en su conjunto. Esta no era solo la posición del Che. Antes, hablando desde la escalinata de la Universidad de La Habana en 1965, Fidel había dicho:

...ni siquiera los ataques de Vietnam del Norte han tenido la virtualidad de superar las divisiones en el seno de la familia socialista. ¿Y quién puede dudar que esa división alienta a los imperialistas? ¿Quién puede dudar que un frente unido ante el enemigo imperialista los habría hecho vacilar, los habría hecho pensar más detenidamente antes de lanzar sus ataques aventureros

y intervención cada vez más descarada en aquella parte del mundo?

Aunque Cuba estaba bajo grave amenaza del imperialismo estadounidense, Fidel y el Che tuvieron el valor de su convicción de que una crítica justa y necesaria a un país socialista fraterno en una situación determinada no significaba una ruptura de la solidaridad.

Esta línea de pensamiento —que la verdadera solidaridad con una víctima de agresión implica no solo simpatía sino la voluntad de luchar y compartir el destino de la víctima, que un «frente unido contra el enemigo imperialista» era necesario si se quería proteger a Vietnam y derrotar al imperialismo a escala mundial— llevó entonces al tema principal del Che en *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*: su defensa de «Dos, tres.... muchos Vietnam». Ese era el objetivo de la Conferencia Tricontinental y de las instituciones que creó: la visión de luchas armadas revolucionarias en los tres continentes, que abrumarían al imperialismo obligándolo a dispersar sus fuerzas por todo el mundo, imponiéndole un nivel de costos de guerra que erosionaría su poder económico. No creía que la prueba sería fácil: estos frentes antiimperialistas están destinados a «su cuota de muerte y sus tragedias inmensas». Tampoco se debe pensar que estos puntos de vista fueron particulares del Che. Fidel diría algo casi idéntico en su discurso de clausura de la Conferencia Tricontinental: «¡y para los revolucionarios cubanos el campo de batalla contra el imperialismo abarca a todo el mundo! [...] con combatientes cubanos podrá contar el movimiento revolucionario en cualquier rincón de la Tierra! [...] y el deber de todo revolucionario, como dice la Declaración de La Habana, es

hacer la revolución, hacer la revolución de hecho y no de palabra».

El Che compuso este texto en la víspera de su partida a Bolivia para abrir uno de esos frentes, sabiendo lúcidamente que se jugaba la vida por sus convicciones. Termina, por lo tanto, con una especie de canto a una muerte anunciada y aceptada de antemano: la suya propia. Lo que sigue solo puede ser leído como una premonición de lo que estaba por venir:

Si a nosotros [...] nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado [...]. Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Las primeras páginas del otro texto del Che aquí, *El socialismo y el hombre en Cuba*, se ocupan de aclarar algunos detalles relativos a la realización de la Revolución cubana. Todo lo demás tiene que ver con lo que él considera que es la empresa central del proyecto revolucionario y por lo tanto del comunismo en sí. En algunos textos anteriores, el Che había ofrecido un recuento bastante interesante de la relación entre la Revolución Cubana y el marxismo. En su

Discurso al Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes (1960), por ejemplo, dijo:

... esta Revolución, en caso de ser marxista —y escúchese bien que digo marxista—, sería porque descubrió también, por sus métodos, los caminos que señalara Marx. [...] que si nosotros hoy hacemos eso que se llama marxismo, es porque lo descubrimos aquí. Porque en aquella época [...] cayó en nuestras manos un pequeño folleto que estaba escrito por Mao Tse-Tung [...] y se repitió por parte de las fuerzas populares, sin conocer los manuales que ya estaban escritos sobre estrategia y táctica de la guerra de guerrillas, lo mismo que se preconizaba en el otro extremo del mundo para combatir a esa fuerza [de la dictadura].

En sus *Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana*:

Nosotros, revolucionarios prácticos, iniciando nuestra lucha simplemente cumplíamos leyes previstas por Marx el científico, y por ese camino de rebeldía [...] estamos simplemente ajustándonos a las predicciones del científico Marx. Es decir, y es bueno puntualizarlo una vez más, las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución cubana, independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes.

Estos son pasajes extraordinarios. El Che, Fidel y sus compañeros eran «revolucionarios prácticos», que sabían poco de la teoría marxista de la revolución proletaria o de la teoría de Mao sobre la guerra de guerrillas cuando estaban montando su ejército guerrillero y disponiéndose a hacer lo que equivalía a una revolución proletaria. Más bien, fue la propia práctica revolucionaria la que les demostró la verdad objetiva de la teoría marxista. En *El socialismo y el hombre en*

Cuba, el Che castiga al marxismo occidental por aferrarse a la propuesta de Marx de que la revolución solo es posible después de que el capitalismo avanzado haya realizado todas sus posibilidades inherentes y esté desgarrado por sus propias contradicciones. Cuando —señala— Lenin ya había reemplazado esa noción por sus teorías interconectadas del imperialismo y del eslabón más débil, lo que a su vez significa, entonces, que en adelante las revoluciones eran mucho más probables en las naciones oprimidas que en las capitalistas avanzadas. Pero entonces, una vez que un país pobre y oprimido como Cuba hace una revolución, ¿debería entonces lanzar una política de lo que solía llamarse «acumulación originaria socialista» y tratar de «alcanzar» al Occidente avanzado? ¿O es imperativo seguir un camino diferente?

Según el argumento del Che en este texto, las revoluciones tricontinentales tienen que basarse en una apuesta: que sociedades decentes, igualitarias, fundamentalmente buenas y compasivas pueden de hecho construirse con niveles relativamente bajos de producción industrial y riqueza material. Que es posible tratar de transformar no solo las relaciones y fuerzas de producción tal como se entiende convencionalmente, a fin de producir las condiciones materiales esenciales para la seguridad, bienestar y desarrollo intelectual de las personas, sino también para ayudar a recuperar esas potencialidades de la naturaleza humana que el capitalismo distorsiona y destruye y que son esenciales para construir una cultura socialista y una sociedad humana. Según este punto de vista, el peor crimen del imperalismo es que distorsiona la naturaleza humana en sí misma, suprimiendo la sociabilidad y la apertura espontánea hacia los otros que es intrínseca a la naturaleza humana, y crea, en cambio, individuos egocéntricos y codiciosos, indiferentes al bienestar de los demás, convirtiendo al mundo en una

multitud de extraños. En la opinión del Che, la creación de lo que llama «el nuevo hombre y la nueva mujer» —el individuo no alienado con una orientación intrínseca hacia una sociabilidad radical— es la tarea central en la creación de una sociedad socialista. En un extremo de su visión estaban las estructuras básicas de bienestar que garantizan la seguridad material, sin la cual la solidaridad moral con otros es realmente muy difícil, es decir proporcionar salud, educación, nutrición, etc., por no hablar de la capacidad de resistir y desarrollarse colectivamente a pesar de la extrema violencia imperialista contra el pueblo cubano. En el otro extremo, estaba la visión de las solidaridades y obligaciones internacionales. La dialéctica del nacionalismo y el internacionalismo, por así decirlo.

Ernesto Che Guevara: Socialismo, Hombre Nuevo y Tercer Mundo

María del Carmen Ariet-García²

Para el Che, los años 1965 y 1966 se convirtieron en acontecimientos incuestionables dentro de su condición revolucionaria, como culminación e inicio de una nueva etapa. Desde el triunfo de la Revolución cubana, en 1959, hasta su salida para emprender misiones internacionalistas en el Congo y en Bolivia, desde 1965, había dejado una obra y un pensamiento propio, construido con el objetivo de dejar plasmadas sus opiniones y tesis acerca de cómo debía emprenderse la construcción socialista en los países denominados tercermundistas, nutriéndose de su quehacer en Cuba y de las diversas funciones y tareas que enfrentó, apoyado, además, en la experiencia acumulada en el mundo socialista, especialmente de la URSS y en el estudio porme-

² (N. de E.) María del Carmen Ariet García es una destacada investigadora de la vida y la obra de Ernesto Che Guevara. Es coordinadora de investigaciones del Centro de Estudios Che Guevara (La Habana), que encabeza la viuda del Che, Aleida March. María del Carmen dirigió la investigación sociohistórica que finalmente logró encontrar los restos del Che Guevara en Bolivia en 1997, treinta años después de su asesinato.

norizado de las obras de Marx, Engels y Lenin, fundamentalmente.

De ese período existen un sinnúmero de escritos, artículos, discursos y reflexiones, en los que se pueden precisar los objetivos, proyecciones y acciones que debían primar para emprender la transición socialista, como la meta esencial de alcanzar la liberación y emancipación de los seres humanos. En la casi totalidad de su obra se encuentran presentes sus principales tesis para actuar de manera consecuente y hacer de los países pobres y subdesarrollados naciones independientes y soberanas, cuya premisa estaría enfocada en la formación de un nuevo tipo de ser humano, como portador de los cambios a emprender contra la explotación y contra toda dominación.

Los primeros meses de 1965 transcurrieron como el cierre de una etapa, si analizamos su discurso en Naciones Unidas en diciembre del año anterior y el inicio del recorrido emprendido por una parte de África, donde se reúne con dirigentes de diferentes naciones y con líderes de movimientos de liberación; además del impactante y para muchos polémico discurso pronunciado en Argel, durante el Segundo Seminario Afroasiático en febrero de ese año, en el que precisa de forma aguda sus posiciones sobre el papel a desempeñar por el Tercer Mundo, su enfrentamiento al capitalismo y la necesidad de ser apoyados en sus luchas de liberación por parte de los países socialistas.

Más allá de las críticas y contradicciones generadas por esos pronunciamientos, la historia más reciente se encargaría de devolverle la razón respecto al daño irreparable que significaron la falta de unidad y coherencia en la defensa del socialismo y las posiciones ambiguas y dogmatizantes. Si se juzga el camino decidido por el Che después de esos breves meses, es previsible su decisión de comenzar una nueva

etapa de lucha para encender la llama de la liberación de los pueblos, sin dejar a un lado el «intento», como escribiera, de ofrecer algunas conclusiones sobre los principios integrales que deben ser parte de la formación del nuevo tipo de ser humano del siglo XXI.

El breve enunciado de lo expresado, por sí solo, justifica la publicación de dos textos emblemáticos de la producción teórica del Che: *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965) y el *Mensaje a la Tricontinental: Crear dos, tres, muchos Vietnam* (1966).

El primero, publicado por primera vez el 12 de marzo de 1965 en el semanario *Marcha* de Uruguay, fue escrito en Argel. Durante su estancia en ese país pronuncia el discurso antes citado, cuyo colofón se materializa con su participación en la lucha de liberación del Congo, durante los meses de abril y noviembre de ese mismo año, aunque sus resultados no lograran materializar los objetivos propuestos. No obstante, siguiendo su costumbre habitual, redacta la experiencia del Congo en un texto que titula *Pasajes de la guerra revolucionaria, Congo*, en el que recoge «una amarga experiencia» pero de enorme valor como ejemplo de entrega en la lucha de los pueblos.

Su salida del Congo deviene en una encrucijada convertida en dilema y alternativa, porque no era desconocido, para algunos, su decisión de luchar por la plena liberación de América Latina, desde los lejanos días de entrenamiento en México, cuando se compromete a luchar por el derrocamiento de la dictadura de Batista bajo el mando de Fidel, pero a su vez con el reclamo de, una vez liberado el país, continuar la lucha en otros países de la región.

Los años que median entre 1955 y 1956, como el inicio de una nueva faceta en la vida del que devendría el revolucionario Che Guevara, lo conducen, en 1959, al triunfo

de una auténtica revolución de pueblo, conquistada por intermedio de la lucha y con un apoyo mayoritario. Quizás, del compromiso manifestado a Fidel, no estuvo en su pensamiento y acción la conversión en deber de participar de manera activa en el desarrollo de la evolución y la transformación de un proceso revolucionario que gradualmente pasaba a formas radicales y por definición, socialista, que consideraba como suyo.

La entrega total a la obra de la revolución lo lleva a una multiplicidad de tareas y responsabilidades, encaminadas a responder y solucionar el camino más expedito para transitar hacia el socialismo en las condiciones de un país subdesarrollado y dependiente. Ese esfuerzo y sus múltiples direcciones lo adentran en un quehacer transformador, con el objetivo de sentar las bases fundamentales en la construcción de la nueva sociedad. Más allá de las valoraciones que se han hecho sobre su desempeño, existen dos elementos vitales en los que sobresalen los resultados: su entrega total al estudio para hacer más coherente y consecuente el camino elegido y sus reflexiones en torno a la experiencia puesta en práctica en Cuba, como ejemplo para que sirviera de fundamento a otros países en idénticas condiciones, decididos a luchar por un mayor bienestar y desarrollo social.

En ese interés, como práctica consecuente, se pueden hallar los resortes que lo impulsan a escribir un texto como *El socialismo...*, ante una partida decidida, pero sin olvidar ni abandonar los principios por los que luchó y trabajó, no solo para consolidar la Revolución cubana, sino para impulsar a otros y a otras en el camino hacia el socialismo.

Por ello no son casuales el título ni su contenido: la prioridad se centra en el papel fundamental que corresponde al ser humano como sujeto actuante y comprometido con la obra de la que forma parte. A juicio del Che, la subjetividad

y su expresión en lo material, como consecuencia del actuar consciente del sujeto, se realiza de manera activa, siguiendo los principios esgrimidos por Marx desde los inicios de su teoría y el compromiso de transformación radical que debe emerger para emprender los enormes cambios estructurales a que debe ser impulsada la nueva sociedad, como sustituta de la arcaica sociedad capitalista.

Desde esa óptica, se hacen muy claras las reflexiones elaboradas por el Che y la necesidad de continuarlas y profundizarlas desde la memoria histórica, caracterizada por ascensos y retrocesos como cualquier obra perfectible de cambio, sin dejar de resaltar los elementos que deben primar, más allá de diferencias, pues lo que se trata es de realizar una obra mayor y cuyo centro parte del ser humano mismo; aquel que necesita moldearse y moldear al conjunto.

En esa escala superior se encuentran la vía y las posibles soluciones, por muy difíciles que parezcan, con un único protagonista, el ser humano, que hay que formar como arcilla maleable, pero con propiedades intrínsecas necesitada de mecanismos capaces de actuar como los instrumentos necesarios para cambiar el todo. Es una tarea compleja y agotadora, muchas veces por encima de sus capacidades inmediatas, pero esenciales en esa nueva mentalidad que debemos crear entre todos y todas.

La línea consecuente del Che sobre cómo formar la nueva humanidad y el convencimiento del logro de una obra, como resultó el ejemplo de Cuba por alcanzar el socialismo en las condiciones de la dependencia y el subdesarrollo, no lo alejaron de inquietudes ni de las difíciles condiciones de subsistencia y explotación en que tenían que convivir muchos pueblos, como expresión de las zonas más inhóspitas y abandonadas del mundo. Ese llamado Tercer Mundo, que

se levantaba para luchar por un cambio real, se convierte para el Che en una nueva meta, al entender la posibilidad real del triunfo si se logra concientizar sobre las vías y concretar la unidad necesaria para alcanzarlo. No era ni es un camino fácil, pero existe la posibilidad de ir dando pasos para su consecución si se perfilan las fuerzas consecuentes para un desenlace indispensable y para implantar un nuevo poder hegemónico. Así lo expresó en Argel, así lo intentó en el Congo y así lo fomentó en Bolivia, donde finalmente es asesinado, pero, también, es el lugar donde la semilla aguarda para germinar en los nuevos hombres y mujeres capaces de conducir sus destinos hacia un mundo mejor.

Esa es la esencia de sus últimas tesis, en las que da forma a la integración de los más desposeídos, unidos en un mensaje que titula «Crear dos, tres, muchos Vietnam», como respuesta a una guerra que en su tiempo representó lo más bárbaro, pero a su vez lo más íntegro de la humanidad dispuesta a luchar por su dignidad y por su total emancipación.

Son muy lamentables los reveses históricos por los que ha pasado la humanidad y, por lógica, que hombres como el Che y su lealtad a los principios fueran atacados y tratados de eliminar. No obstante ello, la fuerza de su pensamiento y actuar práctico deviene un paradigma integral de nuevos tiempos. Es una razón suficiente para entender y a su vez explicarnos la utilidad de los trabajos que se presentan, los que deben considerarse como complementos uno del otro, porque fueron pensados y escritos para abarcar la lucha, el triunfo y la consolidación del proceso en diferentes dimensiones, donde el ser humano es y será el centro y hacia el que hay que dirigir todos los esfuerzos para su crecimiento espiritual. Es el inicio y la continuidad de una estrategia real y posible, con una dimensión superior al examinarla desde la unidad y la integración, compuesta por una fuerza en extremo poderosa de todos los países que viven en las

frangas de la marginalidad. Queda, parafraseando al Che, construir una voluntad liberadora del ser humano, donde resuenen «nuevos gritos de guerra y de victoria» y poder vislumbrar el futuro.



El socialismo y el hombre en Cuba



Ernesto «Che» Guevara

Estimado compañero³:

Acabo estas notas en viaje por África, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa. Quisiera hacerlo tratando el tema del título. Creo que pudiera ser interesante para los lectores uruguayos.

Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general. Primero esbozaré a grandes rasgos la historia de nuestra lucha revolucionaria antes y después de la toma del poder.

El 26 de julio de 1953

Como es sabido, la fecha precisa en que se iniciaron las acciones revolucionarias que culminaron el primero de ene-

³ Carlos Quijano, editor del semanario uruguayo *Marcha*, quien publica la carta en la edición del 12 de marzo de 1965.

ro de 1959 fue el 26 de julio de 1953. Un grupo de hombres dirigidos por Fidel Castro atacó la madrugada de ese día el cuartel Moncada, en la provincia de Oriente. El ataque fue un fracaso, el fracaso se transformó en desastre y los sobrevivientes fueron a parar a la cárcel, para reiniciar, luego de ser amnistiados, la lucha revolucionaria.

Durante este proceso, en el cual solamente existían gérmenes de socialismo, el hombre era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Llegó la etapa de la lucha guerrillera. Esta se desarrolló en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor de la movilización, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo. Fue esta vanguardia el agente catalizador, el que creó las condiciones subjetivas necesarias para la victoria. También en ella, en el marco del proceso de proletarización de nuestro pensamiento, de la revolución que se operaba en nuestros hábitos, en nuestras mentes, el individuo fue el factor fundamental. Cada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzara algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a estos lograba sus grados.

Fue la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria, volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbra al hombre del futuro.

En otras oportunidades de nuestra historia se repitió el hecho de la entrega total a la causa revolucionaria. Durante

la Crisis de Octubre o en los días del ciclón Flora, vimos actos de valor y sacrificio excepcionales realizados por todo un pueblo. Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico.

Enero de 1959

En enero de 1959 se estableció el gobierno revolucionario, con la participación en él de varios miembros de la burguesía entreguista. La presencia del Ejército Rebelde constituía la garantía de poder, como factor fundamental de fuerza.

Se produjeron enseguida contradicciones serias, resueltas, en primera instancia, en febrero de 1959, cuando Fidel Castro asumió la jefatura de gobierno con el cargo de primer ministro. Culminaba el proceso en julio del mismo año, al renunciar el presidente Urrutia ante la presión de las masas.

Aparecía en la historia de la Revolución cubana, ahora con caracteres nítidos, un personaje que se repetirá sistemáticamente: la masa.

Este ente multifacético no es, como se pretende, la suma de elementos de la misma categoría (reducidos a la misma categoría, además, por el sistema impuesto), que actúa como un manso rebaño. Es verdad que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas.

La masa participó en la reforma agraria y en el difícil empeño de la administración de las empresas estatales; pasó por la experiencia heroica de Playa Girón; se forjó en

las luchas contra las distintas bandas de bandidos armadas por la CIA; vivió una de las definiciones más importantes de los tiempos modernos en la Crisis de Octubre y sigue hoy trabajando en la construcción del socialismo.

Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de supeditación del individuo al Estado: la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin iguales las tareas que el gobierno fija, ya sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etcétera. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la revolución y es explicada al pueblo, que la toma como suya. Otras veces, experiencias locales se toman por el Partido y el gobierno para hacerlas generales, siguiendo el mismo procedimiento.

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de rectificar. Así sucedió en marzo de 1962 ante una política sectaria impuesta al Partido por Aníbal Escalante.

Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con las masas. Debemos mejorarla durante el curso de los próximos años pero, en el caso de las iniciativas surgidas de estratos superiores del gobierno, utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados.

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo solo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones

provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y victoria.

Lo difícil de entender, para quien no viva la experiencia de la revolución, es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular, pero si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En esta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de la comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de la vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, ciegas e invisibles para el común de las gentes, actúan sobre el individuo sin que este se percate. Solo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la propaganda capitalista, que pretende extraer del caso Rockefeller —verídico o no— una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así, y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos. (Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros

van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas).

De todos modos, se muestra el camino con escollos que, aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos: solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Individuo y socialismo

Intentaré ahora definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble: por un lado, actúa la sociedad con su educación directa e indirecta; por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no solo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo; sino también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En estos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo, por un lado, y la habitual fuga de capitales hacia países «civilizados», por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Callejón sin salida

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras recorrer

una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Este instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la ineluctabilidad de un régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas, que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha.

A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regímenes de casta que no daban salida posible.

Para algunos continuará vigente todavía la fórmula de casta: el premio a los obedientes consiste en el arribo, después de la muerte, a otros mundos maravillosos donde los buenos son los premiados, con lo que se sigue la vieja tradición. Para otros, la innovación: la separación en clases

es fatal, pero los individuos pueden salir de aquella a que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etcétera. Este proceso, y el de autoeducación para el triunfo, deben ser profundamente hipócritas: es la demostración interesada de que una mentira es verdad.

La educación directa

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera, no precisa de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del Partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra.

Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta tienen tendencia a caminar aislados de

la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero esta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que esta solo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales (excluyendo, claro está, a la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra en la construcción del socialismo), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que le permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos solo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta in-

tensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no solo sobre la clase derrotada, sino también individualmente, sobre la clase vencedora.

Las instituciones revolucionarias

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la Revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de

la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total consciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas todas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Mercancía y deber

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es solo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica,

por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario, por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aún cuando sea necesario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso.

Debemos considerar además, como apuntáramos antes, que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, sino de una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

Hombre nuevo y desarrollo técnico

La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre la necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer immaculado.

Se trata solo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y solo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta «investigación» tiene sus límites imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la Revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el *summum* de la aspiración cultural, una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose esta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

Errores de juventud

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarias para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencio-

nales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre forma y contenido). La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce al problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente en arte, su decadencia de hoy. Pero, ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista «la libertad», porque esta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan

fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

El hombre del siglo XXI

En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro signo de contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morbosos. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente este es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad. La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha, el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las posibilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya en-

sanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni «becarios» que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo.

La juventud y el partido

En nuestra sociedad, juegan un papel la juventud y el Partido.

Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores.

Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educados para el comunismo. Y a esa educación va encaminado el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea

revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Fidel dio el impulso

Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia, no una receta.

Fidel dio a la Revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe, porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año se pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad. El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y dondequiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada, porque indica a las masas de América Latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; este debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas son que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embotan cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que

gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Los peligros que acechan

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No solo el del dogmatismo, no solo el de congelar las relaciones con las masas en medio de la gran tarea; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna —no nos avergüenza ni nos intimida decirlo— va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto, sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común, individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer, hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde a la conciencia de la necesidad del mismo; ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar

por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Algunas conclusiones

Permítame intentar unas conclusiones:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud, en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un «Ave María Purísima».

PATRIA O MUERTE.



**«Crear dos, tres...
muchos Vietnam»**

**Mensaje a los pueblos del mundo
a través de la Tricontinental**



Ernesto «Che» Guevara

Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz
José Martí

Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota de Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide.

Ventiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo), cabe preguntarse si ella es real.

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición de Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer un recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas durante estos años de pretendida paz.

Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y de Vietnam.

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figure en los anales de la guerra moderna: acribillada de bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes. En esta guerra intervinieron, bajo la fermentada bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como carne de cañón, de la población surcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contaron con el abastecimiento y asesoría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Vietnam se han sucedido acciones bélicas, sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recuperara de aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubieron confrontaciones limitadas en todos los continentes, aun cuando en el americano, durante mucho tiempo, solo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la Revolución cubana diera su clarinada de alerta sobre la importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas

en Playa Girón, primero, y durante la Crisis de Octubre, después.

Este último incidente pudo haber provocado una guerra de incalculables proporciones, al producirse, en torno a Cuba, el choque de norteamericanos y soviéticos.

Pero, evidentemente, el foco de las contradicciones, en este momentos, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños. Laos y Vietnam son sacudidos por guerras civiles, que dejan de ser tales al hacerse presente, con todo su poderío, el imperialismo norteamericano, y toda la zona se convierte en una peligrosa espoleta presta a detonar. En Vietnam la confrontación ha adquirido características de una agudeza extrema. Tampoco es nuestra intención historiar esta guerra. Simplemente, señalaremos algunos hitos de recuerdo.

En 1954, tras la derrota aniquilante de *Điên Biên Phủ*, se firmaron los acuerdos de Ginebra, que dividían al país en dos zonas y estipulaban la realización de elecciones en un plazo de dieciocho meses, para determinar quienes debían gobernar a Vietnam y cómo se reunificaría el país. Los norteamericanos no firmaron dicho documento, comenzando las maniobras para sustituir al emperador *Bảo Đại*, títere francés, por un hombre adecuado a sus intenciones. Este resultó ser *Ngô Đình Diêm*, cuyo trágico fin es conocido de todos.

En los meses posteriores a la firma del acuerdo, reinó el optimismo en el campo de las fuerzas populares. Se desmantelaron reductos de lucha antifrancesa en el sur del país y se esperó el cumplimiento de lo pactado. Pero pronto comprendieron los patriotas que no habría elecciones a menos que Estados Unidos se sintieran capaces de imponer su voluntad en las urnas, cosa que no podía ocurrir, aun utilizando todos los métodos de fraude conocidos.

Nuevamente se iniciaron las luchas en el sur del país y fueron adquiriendo mayor intensidad hasta llegar al momento actual, en que el ejército norteamericano se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas títeres disminuyen su número, y sobre todo, han perdido totalmente la combatividad.

Hace cerca de dos años que los norteamericanos comenzaron el bombardeo sistemático de la República Democrática de Vietnam en un intento más de frenar la combatividad del sur y obligar a una conferencia desde posiciones de fuerza. Al principio, los bombardeos fueron más o menos aislados y se revestían de la máscara de represalias por supuestas provocaciones del norte. Después aumentaron en intensidad y método, hasta convertirse en una gigantesca batida llevada a cabo por unidades aéreas de Estados Unidos, día a día, con el propósito de destruir todo vestigio de civilización en la zona norte del país. Es un episodio de la tristemente célebre escalada. Las aspiraciones materiales del mundo yanqui se han cumplido en buena parte a pesar de la denodada defensa de las unidades antiaéreas vietnamitas, de los más de 1700 aviones derribados y de la ayuda del campo socialista en material de guerra.

Hay una penosa realidad: Vietnam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente sola. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo. La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o a la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, así, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado Vietnam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna? Y ¡qué grandeza la de ese pueblo! ¡Qué estoicismo y valor, el de ese pueblo! Y qué lección para el mundo entraña esa lucha.

Hasta dentro de mucho tiempo no sabremos si el presidente Johnson pensaba en serio iniciar algunas de las reformas necesarias a un pueblo para limar aristas de las contradicciones de clase que asoman con fuerza explosiva y cada vez más frecuentemente. Lo cierto es que las mejoras anunciadas bajo el pomposo título de lucha por la gran sociedad han caído en el sumidero de Vietnam.

El más grande de los poderes imperialistas siente en sus entrañas el desangramiento provocado por un país pobre y atrasado y su fabulosa economía se resiente del esfuerzo de guerra. Matar deja de ser el más cómodo negocio de los monopolios. Armas de contención, y no en número suficiente, es todo lo que tienen estos soldados maravillosos, además del amor a su patria, a su sociedad y un valor a toda prueba. Pero el imperialismo se empantana en Vietnam, no

halla camino de salida y busca desesperadamente alguno que le permita sortear con dignidad este peligroso trance en que se ve. Mas los «cuatro puntos» del norte y «los cinco» del sur lo atenazan, haciendo aún más decidida la confrontación.

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, solo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible e inaceptable, dado por los norteamericanos. Y, a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos. Pero en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos no ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera aún a países de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esa ruta. Ahí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos, son diferentes a las de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados: América, Asia y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden imponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya. Cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce, en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan «No permitiremos otra Cuba», se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo o anteriormente la masacre de Panamá; y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses. Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y de la traición.

Por otra parte, las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo y solo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer: o revolución socialista o caricatura de revolución.

Asia es un continente de características diferentes. Las luchas de liberación contra una serie de poderes coloniales europeos dieron por resultado el establecimiento de gobiernos más o menos progresistas, cuya evolución posterior ha

sido, en algunos casos, de profundización de los objetivos primarios de la liberación nacional y en otros de reversión hacia posiciones proimperialistas.

Dado el punto de vista económico, Estados Unidos tenía poco que perder y mucho que ganar en Asia. Los cambios le favorecen; se lucha por desplazar a otros poderes neocoloniales, penetrar nuevas esferas de acción en el campo económico, a veces directamente, otras utilizando al Japón.

Pero existen condiciones políticas especiales, sobre todo en la península indochina, que le dan características de capital importancia a Asia y juegan un papel importante en la estrategia militar global del imperialismo norteamericano. Este ejerce un cerco a China a través de Corea del Sur, Japón, Taiwan, Vietnam del Sur y Tailandia, por lo menos.

Esa doble situación —un interés estratégico tan importante como el cerco militar a la República Popular China y la ambición de sus capitales por penetrar esos grandes mercados que todavía no dominan— hacen que Asia sea uno de los lugares más explosivos del mundo actual, a pesar de la aparente estabilidad fuera del área vietnamita.

Perteneciendo geográficamente a este continente, pero con sus propias contradicciones, Oriente Medio está en plena ebullición, sin que se pueda prever hasta dónde llegará esa guerra fría entre Israel, respaldada por los imperialistas, y los países progresistas de la zona. Es otro de los volcanes amenazadores del mundo.

África ofrece las características de ser un campo casi virgen para la invasión neocolonial. Se han producido cambios que, en alguna medida, obligaron a los poderes neocoloniales a ceder sus antiguas prerrogativas de carácter absoluto. Pero cuando los procesos se llevan a cabo ininterrumpidamente, al colonialismo sucede, sin violencia, un neocolonialismo de iguales efectos en cuanto a la dominación

económica se refiere. Estados Unidos no tenía colonias en esta región y ahora lucha por penetrar en los antiguos cotos cerrados de sus socios. Se puede asegurar que África constituye, en los planes estratégicos del imperialismo norteamericano, su reservorio a largo plazo; sus inversiones actuales solo tienen importancia en la Unión Sudafricana y comienza su penetración en el Congo, en Nigeria y en otros países, donde se inicia una violenta competencia (con carácter pacífico hasta ahora) con otros poderes imperialistas.

No tiene todavía grandes intereses que defender, salvo su pretendido derecho a intervenir en cada lugar del globo en que sus monopolios olfateen buenas ganancias o la existencia de grandes reservas de materias primas. Todos estos antecedentes hacen lícito el planteamiento interrogante sobre las posibilidades de liberación de los pueblos a corto o mediano plazo.

Si analizamos África veremos que se lucha con alguna intensidad en las colonias portuguesas de Guinea, Mozambique y Angola, con particular éxito en la primera y con éxito variable en las dos restantes. Que todavía se asiste a la lucha entre sucesores de Lumumba y los viejos cómplices de Tshombe en el Congo, lucha que, en el momento actual, parece inclinarse a favor de los últimos, los que han «pacificado» en su propio provecho una gran parte del país, aunque la guerra se mantenga latente.

En Rhodesia el problema es diferente: el imperialismo británico utilizó todos los mecanismos a su alcance para entregar el poder a la minoría blanca que lo detenta actualmente. El conflicto, desde el punto de vista de Inglaterra, es absolutamente antioficial, solo que esta potencia, con su habitual habilidad diplomática, presenta una fachada de disgustos ante las medidas tomadas por el gobierno de Ian Smith; y es apoyada en su taimada actitud por algunos de

los países del Commonwealth, que la siguen, y atacada por una buena parte de los países del África Negra, sean o no dóciles vasallos económicos del imperialismo inglés.

En Rhodesia, la situación puede tornarse sumamente explosiva si cristalizaran los esfuerzos de los patriotas negros para alzarse en armas y este movimiento fuera apoyado efectivamente por las naciones africanas vecinas. Pero por ahora todos sus problemas se ventilan en organismos tan inicuos como la ONU, el Commonwealth o la OUA.

Sin embargo, la evolución política y social de África no hace prever una situación revolucionaria continental. Las luchas de liberación contra los portugueses deben terminar victoriosamente, pero Portugal no significa nada en la nómina imperialista. Las confrontaciones de importancia revolucionaria son las que ponen en jaque a todo el aparato imperialista, aunque no por eso dejemos de luchar por la liberación de las tres colonias portuguesas y por la profundización de sus revoluciones.

Cuando las masa negras de Sudáfrica o de Rhodesia inicien su auténtica lucha revolucionaria, se habrá iniciado una nueva época en África.

O cuando las masas empobrecidas de un país se lancen a rescatar su derecho a una vida digna, de las manos de las oligarquías gobernantes.

Hasta ahora se suceden los golpes cuartelarios en que un grupo de oficiales reemplaza a otro o a un gobernante que ya no sirva a sus intereses de casta y a los de las potencias que los manejan solapadamente, pero no hay convulsiones populares. En el Congo se dieron fugazmente estas características impulsadas por el recuerdo de Lumumba, pero han ido perdiendo fuerza en los últimos meses.

En Asia, como vimos, la situación es explosiva, y no son solo Vietnam y Laos, donde se lucha, los puntos de fricción. También lo es Cambodia, donde en cualquier momento puede iniciarse la agresión directa norteamericana, Tailandia, Malasia y, por supuesto, Indonesia, donde no podemos pensar que se haya dicho la última palabra pese al aniquilamiento del Partido Comunista de ese país, al ocupar el poder los reaccionarios. Y, por supuesto, Oriente Medio.

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional de Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud de ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo «internacional americano», mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión, ¿cómo fructificará?; ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son solo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del comandante Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del comandante Fabricio Ojeda, de los comandantes Lobatón y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes: César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala; Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia; Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín, en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma; y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa batida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aún no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas ob-

soletas que bastan para la represión de pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales —instrumentos de dominación—, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta. El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una revolución socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante. No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica, que tienen en grado sumo sus más enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida en que logremos minar su moral. Y esta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy, a la luz del día, y que quizás sean menos dolorosos que los que debieron soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que el último país en liberarse muy probablemente lo hará sin lucha armada y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrarán a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que esta conlleva y la espera como un mendrugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilida-

des efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en formas pacíficas. Para nosotros está clara la solución de este interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes —donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares—, en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

Los comienzos no serán fáciles; serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir, después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos.

La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas.

El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta,

selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo.

Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar solo los escenarios actuales de la lucha armada sea igualmente glorioso y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aun, un europeo.

Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.

Es la hora de atemperar nuestras discrepancias y ponerlo todo al servicio de la lucha.

Que agitan grandes controversias al mundo que lucha por la libertad, lo sabemos todos y no lo podemos esconder. Que han adquirido un carácter y una agudeza tales que luce

sumamente difícil, si no imposible, el diálogo y la conciliación, también lo sabemos. Buscar métodos para iniciar un diálogo que los contendientes rehuyen es una tarea inútil. Pero el enemigo está allí, golpea todos los días y amenaza con nuevos golpes y esos golpes nos unirán, hoy, mañana o pasado. Quienes antes lo captan y se preparen a esa unión necesaria tendrán el reconocimiento de los pueblos.

Dadas las virulencias e intransigencias con que se defiende cada causa, nosotros, los desposeídos, no podemos tomar partido por una u otra forma de manifestar las discrepancias, aun cuando coincidamos a veces con algunos planteamientos de una u otra parte, o en mayor medida con los de una parte que con los de la otra. En el momento de la lucha, la forma en que se hacen visibles las actuales diferencias constituyen una debilidad; pero en el estado en que se encuentran, querer arreglarlas mediante palabras es una ilusión. La historia las irá borrando o dándoles su verdadera explicación.

En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecución de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes.

Sinteticemos así nuestras aspiraciones de victoria: destrucción del imperialismo mediante la eliminación de su baluarte más fuerte: el dominio imperialista de Estados Unidos de Norteamérica. Tomar como función táctica la liberación gradual de los pueblos, uno a uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno; liquidándole sus bases de sustentación, que son territorios dependientes.

Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria.

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Vietnam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados, la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun dentro de su propio territorio.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para este de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar:

nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: «qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad».

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.





El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total consciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas todas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

El socialismo y el hombre en Cuba (1965)

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, solo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible e inaceptable, dado por los norteamericanos. Y, a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos. Pero en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos no ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

Mensaje a la Tricontinental (1966)

